

PROTÁGORAS (Siglo V aC)

En todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí.

El hombre es la medida de todas las cosas; de las que existen, como existentes; de las que no existen, como no existentes. La verdad es solamente aquello que se manifiesta ante la conciencia; nada es en y para sí, pues todo encierra simplemente una verdad relativa.

Sobre los dioses no puedo saber ni si existen ni que no existen (ni, respecto a su forma, cómo son). Pues muchas cosas que me impiden saberlo, tanto la oscuridad como la vida del hombre que es breve. (Diógenes Laercio, IX, 51)

Sobre lo justo y lo injusto, lo santo y lo no santo, estoy dispuesto a sostener con toda firmeza que, por naturaleza, no hay nada que lo sea esencialmente, sino que es el parecer de la colectividad el que se hace verdadero cuando se formula y durante todo el tiempo que dura ese parecer.

CRITIAS (Siglo V aC)

Hubo un tiempo, en que era desordenada la vida humana y salvaje y sierva de la fuerza, cuando ni había premio para los buenos ni tampoco castigo para los malos. Entonces, creo yo, los hombres promulgaron leyes punitivas para que la justicia fuera señora de todos por igual y esclavizara la insolencia. Recibía castigo si alguien delinquía. Y como las leyes les impedían cometer delitos con violencia, pero los hacían a escondidas, entonces, creo yo, algún prudente y sabio varón concibió por primera vez la idea de inventar el temor a los dioses, para que los malos tuviesen motivo de temor, si a escondidas hacían, decían o maquinaban alguna acción. Entonces introdujo la divinidad: que existe un espíritu floreciente de vida inmortal, que oye y ve con el pensamiento, piensa y domina todo, portador de la naturaleza divina, que oirá todo lo dicho entre los mortales, y lo realizado capaz de verlo todo. Si en silencio maquinan alguna maldad, ésta no escapará a los dioses, pues en ellos reside el pensar. Exponiendo estas doctrinas introdujo la mejor de las enseñanzas ocultando la verdad con engañoso discurso. Decía que los dioses fijaban su morada allí donde podía provocar mayor terror los hombres, en el lugar del que sabía que nacen los miedos de los mortales y las angustias de su miserable vida en la bóveda celeste, donde veía relámpagos, terribles fragores del trueno, el rostro estrellado del cielo, hermoso bordado de Cronos, artífice sabio, donde discurre la incandescente maza reluciente del sol y de donde húmeda lluvia cae a la tierra. Arropó a los hombres con tales temores: con ellos fundó, mediante este bello discurso la divinidad y en conveniente morada, y la anomia se extinguió con las leyes. Así, por primera vez, creo que alguien persuadió a los mortales a creer que existe el linaje de los dioses. (Aecio, I, 6, 7)

SOLANA DEUSTO, JOSÉ (2013). *Sofistas: testimonios y fragmentos*. Madrid: Alianza.